

LECTURA ORANTE DEL EVANGELIO: MT 11,25-30



Domingo XIV del Tiempo Ordinario

“Dios nunca se cansa de dar”
(Santa Teresa, Camino 32,12)

Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, por-que has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, así te ha parecido mejor.

Tenemos delante uno de los textos más hermosos del Evangelio. Nos presenta la gratuidad desbordante de Dios. No importa que seamos pequeños. Al revés, el hecho de serlo es una garantía para que el Padre nos revele las cosas del Reino. Hay que mirar a los pequeños para descubrir el rostro del Padre, para aprender a vivir y a

orar. Conscientes de haber recibido tanto, la mejor manera de responder es dar gracias. ¡Qué bonita palabra, la de 'gracias', para orar y para la relación con los demás! Quien tiene una honda experiencia del amor del Padre toma la vida agradecidamente. Podemos observarnos durante el día y preguntarnos al final del día cuántas veces ha salido de nuestros labios la palabra 'gracias'. *Tú, Padre mío y Padre nuestro, eres gracia, manantial de aguas limpias. Me miras y nos miras con gratuidad y amor. Gracias, Padre.*

Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. ¡Qué forma tan bella de hablar de Dios! ¡Qué diferente es de cómo nos lo imaginamos! ¡Qué palabras tan audaces las de Jesús! El Padre es el que entrega, el que se da. Todo viene de Él. ¿Quién más amigo de dar que Él? Es como una fuente de toda santidad y belleza, de toda dignidad y de todo don. Cuando nos ponemos en sintonía con Jesús, cuando lo miramos y aceptamos su amistad, nos revela al Padre y su don nos inunda. Orar es quedar empapados en la confianza y amor que el Padre nos regala como a hijos e hijas. *Tú, Padre, nunca te cansas de dar. Que yo no me canse nunca de recibir tu amor.*

Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Jesús quiere abrir el misterio del Padre a todos los

cansados y agobiados. Y lo hace mostrándose humano, compasivo, cercano, entrañable. Nos mete en su alegría, nos regala el Espíritu. Jesús nos reta a ver si somos capaces de echarnos en sus manos, de poner en Él todos nuestros agobios y cansancios. ¿Tendrán hoy cabida estas palabras de Jesús en nosotros, tan hechos a vivir la vida tan de prisa, con tanto agobio encima? *Gracias, Jesús. Tu proyecto no es una carga dura para mis hombros. Eres un oasis en medio de mis desiertos y fatigas. Te recibo como una fuente en el camino, como una gracia inmensa para mi vida. Gracias, Jesús.*

CIPECAR - Julio de

2011